

Poder y subalternidad en las comunidades fenicias de la Andalucía mediterránea

Ana Delgado Hervás

Universitat Pompeu Fabra

Introducción: poscolonialismo y arqueología

A lo largo de los últimos años la arqueología social ha adquirido un creciente protagonismo en el análisis arqueológico de contextos y de situaciones coloniales o de contacto cultural. El reciente interés en incorporar enfoques sociales en estas áreas de estudio puede representar un cambio paradigmático en la arqueología protohistórica mediterránea y, muy especialmente, en la fenicia, una disciplina tradicionalmente dominada por enfoques culturalistas y economicistas.

Las novedades aportadas por estos nuevos enfoques estriban en buena medida en el hecho de que beben de un pensamiento crítico que ha cuestionado las formas tradicionales de pensar sobre las migraciones, las diásporas y las situaciones coloniales y que ha propuesto nuevas formas de interpretar las transformaciones históricas que tienen lugar en contextos coloniales o en espacios de contacto cultural, tanto del presente, como del pasado. Las historias alternativas que proponen para interpretar los espacios coloniales descansan en dos pilares fundamentales: en primer lugar, en una crítica abierta y frontal al concepto de modernización –un concepto con profundas conexiones con las perspectivas evolucionistas y aculturacionistas de larga tradición en la arqueología colonial- y, en segundo lugar, en su denuncia a lo que se conoce como silencios historiográficos y en la consiguiente llamada de atención sobre la necesidad de incorporar actores sociales tradicionalmente silenciados o marginados en los análisis históricos y arqueológicos.

La mayoría de estos nuevos enfoques sociales ha entrado en la arqueología colonial mediterránea de la mano del pensamiento poscolonial. Los enfoques poscoloniales han adquirido progresivamente un protagonismo en disciplinas sociales y humanísticas desde las últimas décadas del siglo XX , aunque sin embargo han tenido poca influencia en arqueología, con la excepción del estudio de contextos o situaciones coloniales (van Dommelen 1998; 2008; Rowlands 1998; Gosden 2001; 2008; Liebmann y Rizvi 2008).

El poscolonialismo se define como una perspectiva crítica que desvela y denuncia como el conocimiento y la representación del colonizado (“del otro”) se ha generado en contextos coloniales e imperiales y ha sido una pieza clave en los proyectos políticos de hegemonía y de dominación colonial (Said 2002). Los pensadores y críticos poscoloniales convergen en este objetivo básico y persiguen a través de su crítica la descolonización del mundo actual –de ahí el término de descoloniales que han adoptado algunos intelectuales de América Latina emparentados con la crítica poscolonial (Mignolo 2003). La descolonización no se dirige tan solo contra espacios y relaciones económicas y políticas, sino específicamente persiguen la descolonización intelectual y epistemológica del pensamiento moderno occidental. Descolonizar el saber (Quijano 1992) es una de las consignas centrales de los críticos poscoloniales y descoloniales.

La historiografía poscolonial tiene una genealogía compleja en la que se cruzan pensadores marxistas como Gramsci o

teóricos posmodernos como Foucault interesados en nuevas formas de entender la construcción y la negociación del poder, activistas africanos, asiáticos y latinoamericanos partícipes en las luchas anti-imperialistas y anti-coloniales y élites intelectuales asiáticas y africanas afincadas en universidades occidentales -principalmente, Said, Bhaba y Spivak, tres académicos conocidos como la “santa trinidad” del pensamiento poscolonial (Young 2003).

El poscolonialismo lejos de ser un pensamiento monolítico, se caracteriza por la multiplicidad e incluso por la disparidad de sus propuestas. Todas ellas, sin embargo, coinciden en la búsqueda de nuevas formas de pensar las relaciones entre colonos y colonizados que rompan con los discursos y las representaciones occidentales de la historia que sitúa a los pueblos y las gentes colonizadas en una posición de inferioridad histórica y, por tanto, también política. Sus historias alternativas exigen dar una atención especial a las comunidades y a las gentes indígenas, que dejan de ser percibidos como simples víctimas pasivas de la explotación colonial, y tienen un papel activo en la construcción de las relaciones y de las culturas coloniales, descoloniales y poscoloniales.

Las influencias de las críticas poscoloniales en la arqueología colonial mediterránea se perciben principalmente en la proliferación de estudios que enfatizan la agencia indígena en contextos coloniales y en espacios de frontera y de contacto cultural. Las versiones poscoloniales arqueológicas más extendidas tienen en los escritos de Bhaba su principal referencia, y se han interesado principalmente en desvelar la agencia indígena en los procesos de creación de nuevas formas culturales en contextos coloniales o en áreas de contacto a través de complejos procesos de mimesis, hibridación y mestizaje (van Dommelen 2002; 2008).

Estas aproximaciones críticas han restaurado la agencia indígena y han logrado romper con el dualismo colonizador-colonizado con el que se han construido las historias coloniales tradicionales, minando estas dos esencializaciones creadas a través del falso prisma de la autenticidad cultural. Sin embargo, su quizá excesiva atención a las formas culturales, parece haber provocado un cierto desinterés en las relaciones sociales y de poder, dejándolas al margen en sus estudios o incluso imaginándolas en un plano de igualdad. En estas historias las identificaciones culturales o “étnicas” –si bien entendidas como fluidas, múltiples y social e históricamente construidas- de los actores históricos cobran todo el protagonismo, frente a otras categorías o identidades sociales que se solapan a ellas como son la clase, el estatus, el género o la edad que son, a mi modo de ver, claves en la construcción de las relaciones y de las culturas coloniales del mundo mediterráneo del I milenio a. C. (Delgado 2010).

Otros pensadores que se sitúan en la órbita poscolonial (entre otros, Guha 2002; Spivak 1988), con menor influencia en la arqueología mediterránea, han rescatado esas otras agencias sociales y en su repensar las relaciones entre colonos y colonizados han focalizado sus críticas y análisis en las relaciones de poder y hegemonía, en los modos en los que estas relaciones se construyen, en cómo se representan a través discursos, textos y culturas materiales y en las formas en las que son burladas o contestadas. Parte de su aparato crítico se ha enfocado en denunciar como las narrativas históricas tradicionales reproducen una historia de la dominación, sirviendo de este modo al poder de una élite social y política. Han reclamado que estas construcciones históricas atienden casi en exclusividad a las agencias y voces de las élites sociales y silencian y niegan las agencias de otros grupos social, económica, política y/o culturalmente subordinados, conocidos en la literatura poscolonial como subalternos. Este término, tomado de los escritos de Gramsci, se aplica a grupos que han sido tradicionalmente marginados en las narrativas históricas, como indígenas, asalariados, campesinos o esclavos, mujeres o niños, aquellos a los que Wolf (1987) denominó la gente sin historia.

Los estudios subalternos indagan en la difícil tarea de cómo construir historias alternativas escritas desde abajo, cómo

generar historias que no atiendan exclusivamente a la voz y a la memoria de las élites y que recuperen la agencia, como diría Fanon, de los damnés de la tierra. Es en este punto en el que se ha producido una fructífera convergencia entre las arqueologías poscoloniales con otras arqueologías sociales, como las arqueologías indígenas, feministas y marxistas (Rowlands 1998: 332; Pyburn 2004; Conkey 2005).

Mi intención en este encuentro es realizar una pequeña contribución a la construcción de esas historias polifónicas (Fontana 2002: 16), poniendo de relieve la agencia activa de determinados grupos subalternos—indígenas principalmente, pero también mujeres y grupos descendientes de fenicios orientales no pertenecientes a la élite— en la construcción de los espacios, de las relaciones y de las culturas coloniales fenicias en la Andalucía Mediterránea durante la primera mitad del I milenio a.C.

Colonialidad y arqueología fenicia

Las relaciones entre comunidades locales y grupos coloniales fenicios han centrado tradicionalmente buena parte de la atención de la arqueología fenicia y, en general, de la arqueología protohistórica mediterránea. El proceso de transformación que experimentan las comunidades locales durante el primer milenio a.C. ha sido un objeto de estudio prioritario de la investigación arqueológica, abordándose desde distintas perspectivas conceptuales, ya sea como cambio cultural provocado por la aculturación y el contacto con una cultura superior, ya sea como cambio económico y social consecuencia de su incorporación como periferia a un sistema de relaciones económicas que abrazaba prácticamente todo Mediterráneo y parte del Atlántico. Una u otra perspectiva han otorgado a los grupos coloniales fenicios —en concreto a sus élites mercantiles y/o aristocráticas— el protagonismo en la transformación de las poblaciones indígenas del sur peninsular. Asimismo, una y otra perspectiva han connotado y adjetivado esa transformación cultural, social y/o económica de forma positiva en tanto que acercaba a las poblaciones indígenas a comunidades consideradas en el imaginario moderno como cultural o evolutiva superiores. Las conexiones entre modernidad, progreso y colonialismo, pilares cruciales en el pensamiento moderno occidental, se han reproducido inconscientemente a través de las visiones y de los discursos creados por la arqueología protohistórica mediterránea y, más específicamente, por la arqueología colonial fenicia, y, al mismo tiempo las han alimentado.

En contraste, muy pocos estudios se han detenido en analizar la agencia de individuos o de grupos de origen local en la creación, construcción y transformación de las propias comunidades coloniales fenicias en Occidente. Estas comunidades habitualmente se han imaginado como un espejo de sus metrópolis, construidas a partir de la simple transposición y de la reproducción inalterada en nuevos paisajes y en nuevos contextos sociales de las formas culturales y políticas, de las relaciones sociales y de género o de las culturas materiales imperantes en las ciudades o aldeas orientales originarias. La representación del proceso colonial fenicio en Occidente se ha centrado tradicionalmente en el “momento fundacional”, concebido como el resultado del desplazamiento, en un momento puntual en el tiempo, de un pequeño grupo de orientales e imaginado de forma prácticamente aislada de las dinámicas y agencias locales.

Las investigaciones llevadas a cabo en los últimos años en Andalucía y en otras regiones occidentales han demostrado la inconsistencia empírica de este imaginario. Los datos arqueológicos obtenidos en la península de Huelva, en el área del Carambolo, en Cádiz o en la desembocadura del Guadalhorce relativos a los primeros contactos comerciales fenicios en Occidente demuestran que la expansión de redes levantineas y fenicias está íntimamente asociada con las transformaciones económicas y sociales que se producen en los territorios andaluces entre los siglos X y VIII a.C. y su

éxito y consolidación responde en gran medida a los nuevos intereses y estrategias sociales de determinados grupos locales. Estos mismos contextos arqueológicos, junto a las evidencias obtenidas en otros enclaves extrapeninsulares, como sería el caso principalmente de Lixus, permiten sugerir incluso que los mercaderes levantinos contaron con la participación activa de algunos individuos o grupos de origen local, que colaboraron muy estrechamente en sus navegaciones, en sus intercambios comerciales, así como también en la creación de instalaciones fenicias permanentes en estos territorios occidentales, un acontecimiento que tuvo lugar en los momentos finales de ese periodo (Delgado 2008a).

La representación de que la construcción de comunidades fenicias en occidente tiene lugar en terra nullius (Gosden 2008) deriva en parte de la lectura de las leyendas de fundación, así como también de determinadas percepciones arqueológicas sobre las dinámicas históricas de algunas comunidades occidentales en los tiempos previos a la expansión, en cuya crítica aquí no nos detendremos.

Los principales relatos de fundación utilizados por la historiografía fenicia, son narraciones filtradas y transmitidas por escritores grecorromanos, escritas en un contexto de expansión y de dominación imperial. Estos relatos, que amplifican desmesuradamente la importancia del acto fundacional en el proceso colonial, una apropiación institucionalizada de largas experiencias de contactos y desplazamientos, otorgan todo el protagonismo en este proceso a élites mercantiles o aristocráticas coloniales.

Las leyendas de fundación, como otros textos literarios o documentos escritos, son narraciones en las que, quien las escribe, selecciona, reinterpreta, transmite la memoria de aquellos actores, acontecimientos y experiencias considerados relevantes por los grupos hegemónicos y, al mismo tiempo, silencia otros. Estos silencios historiográficos, como los ha denominado Trouillot, comunes a toda interpretación histórica construida a través de fuentes y documentos escritos, han privilegiado y amplificado la voz y la memoria de las élites y dificultan enormemente recuperar percepciones y experiencias históricas de otros grupos sociales (Trouillot 1996).

La arqueología juega, en este caso, con ciertas ventajas. Nuestra aproximación al pasado no se produce sólo a través de documentos -escritos, conservados, seleccionados y archivados en función de intereses y cosmovisiones de grupos sociales hegemónicos-, sino que trabaja a partir de espacios, objetos y desechos producidos tanto para la representación y conmemoración de las élites, como usados por esas mismas élites y la gente común en sus vidas cotidianas. De hecho, aunque la arqueología tradicionalmente ha privilegiado el estudio de objetos y espacios asociados a la memoria de los grupos hegemónicos -privilegiando de este modo la conmemoración de las élites o las historias de dominación-, la mayoría de la evidencia arqueológica es producto de las experiencias cotidianas de la gente común.

Esta es la razón por la que el análisis de los contextos cotidianos, que permite recuperar experiencias y agencias históricas de grupos sociales invisibles, ha adquirido una enorme importancia en la arqueología social y, especialmente, en la arqueología feminista, con quien la arqueología social tiene una enorme deuda teórica y metodológica. En los últimos 30 años la arqueología colonial, una arqueología particularmente sensibilizada con los silencios historiográficos y las historias subalternas, ha incorporado en sus estudios de forma efectiva el análisis de contextos y prácticas cotidianas. A través de sus estudios ha mostrado como la cultura material relativa a espacios y prácticas cotidianas permiten recuperar experiencias y agencias históricas de grupos subalternos silenciados por los documentos escritos, de nativos y de otros grupos étnicos desplazados a las colonias desde áreas no metropolitanas, -el principal foco de interés de la arqueología colonial-, de mujeres y niños, de esclavos, de trabajadores dependientes, de soldados, etc. (Lightfoot,

Martínez y Smith 1998; Lightfoot 2005: 15-16; Hall 2000; Voss 2005; Dommelen 2008: 73-76; Silliman 2010).

El estudio de prácticas y espacios cotidianos, como los espacios domésticos, los lugares de trabajo y otras áreas y materialidades vinculadas con la vida diaria, no sólo permiten hacer visibles a grupos sociales “sin voz” –una tarea, sin embargo, dificultada por la ambigüedad de la cultura material en relación a las identidades de sus productores o usuarios (Silliman 2010)-, sino también analizar las relaciones de poder. Los contextos cotidianos, abandonados por los estudios tradicionales en favor de los espacios institucionales o de élite- son, sin embargo, para los estudios subalternos claves en el análisis de las mismas de las relaciones de poder. El principal interés de estos estudios no es el poder, la dominación, sino las relaciones de poder, unas relaciones que entienden como históricamente construidas y, salvo casos extremos, siempre negociadas. El proceso de producción y negociación de las relaciones de hegemonía y de subordinación no sólo tiene lugar en escenarios singulares e institucionales –ámbitos que silencian a los subalternos y amplifican la voz de las elites-, sino a través las prácticas sociales diarias que tienen lugar en escenarios cotidianos. Es en la vida cotidiana donde las relaciones de poder se dotan de significados en el marco de redes sociales y relaciones de poder más amplias (Dube 2001: 26).

La cotidianidad en las colonias fenicias occidentales ha tenido un escaso, por no decir un nulo interés, para la arqueología colonial fenicia. Este desinterés ha redundado en la invisibilidad de los grupos subalternos, de sus experiencias y agencias, en las interpretaciones históricas y arqueológicas sobre la construcción de las comunidades y de las culturas fenicias coloniales en el sur de la Península Ibérica, amplificando el protagonismo de las élites masculinas metropolitanas en estas dinámicas históricas.

El análisis contextual de escenarios cotidianos, como el que desarrollamos en este estudio que se centra en uno de los espacios domésticos y de trabajo excavados en el asentamiento fenicio del Cerro del Villar, nos ofrece, sin embargo, una percepción distinta de esas mismas dinámicas históricas. Este análisis invita a abandonar las imágenes tradicionales que han incidido en la homogeneidad étnica y cultural de estos centros o en la pasividad de sus subalternos y permite visualizar la heterogenidad radical (Pratts 1992) que los caracteriza.

Propuesta de estudio: el asentamiento fenicio del Cerro del Villar

A principios del I milenio a.C. el Cerro del Villar era una pequeña isla fluvial situada en la misma desembocadura del río Guadalhorce. Las excavaciones realizadas hasta la fecha en este yacimiento, dirigidas por la Dra. Aubet, han permitido comprobar que, a partir de mediados del siglo VIII –en cronología convencional no calibrada-, en este enclave portuario se asentó una comunidad fenicia que residía allí con carácter permanente. Los datos de estas excavaciones sugieren que el asentamiento se creó en un varadero previamente no ocupado, próximo a un antiguo espacio de encuentro e intercambio visitado en décadas anteriores por comerciantes levantinos y otros navegantes mediterráneos.

Entre los siglos VIII y VII a.C. el pequeño varadero de Cerro del Villar se transformó en uno de los centros fenicios más activos de la Andalucía Mediterránea. Sus productos fueron comercializados en diversos circuitos de intercambio, tanto en el interior del territorio, como en espacios litorales, alcanzando territorios relativamente alejados, como el nordeste peninsular, donde diversos análisis de pastas cerámicas han llevado a comprobar que sus poblaciones importaban grandes contenedores elaborados en este centro. Las excavaciones efectuadas en el Cerro del Villar sugieren asimismo que las actividades comerciales y artesanales fueron actividades centrales entre la comunidad asentada en este centro, dotado de un pequeño espacio de mercado (Aubet 1997) y de numerosos talleres de trabajo artesanal dedicados

principalmente a la elaboración de cerámicas (Aubet, Carmona, Curià, Delgado, Fernández y Párraga 1999) y al trabajo del metal (Rovira 2005; Delgado 2008b).

En el siglo VII a.C. –momento en el que mejor se conoce arqueológicamente este yacimiento- en el Cerro del Villar residía una comunidad socialmente compleja, estructurada a través de grupos domésticos, de composiciones y estatus sociales variables, como denotan las arquitecturas de sus casas. Como en las ciudades cananeas, de las que buena parte de los antepasados de los residentes de estos centros eran originarios, también en las colonias fenicias las estructuras familiares parecen haber sido espacios de socialización y producción de significados, de transmisión de identidades individuales y colectivas, así como de derechos políticos y económicos. La relevancia de los grupos domésticos –y de los hombres y mujeres que los integraban- en el seno de las comunidades coloniales se perciben en el papel que juega en estos ámbitos la genealogía en la representación del estatus social y del poder, que exhibe a través de las tumbas (López Castro 2006; Delgado y Ferrer 2007) y se conmemora a través de rituales periódicos de culto ancestral, llevados a cabo tanto en las áreas de enterramiento (Delgado 2008c), como en las mismas casas.

Cerro del Villar, un enclave colonial pluriétnico

La cultura material de los diferentes espacios excavados en el Cerro del Villar, pone en evidencia que en este asentamiento residía una comunidad colonial con un claro carácter pluriétnico. Las evidencias materiales dominantes documentadas en sus tiendas, talleres y casas, en sus calles y espacios abiertos, o en sus lugares de vertido remiten a unas materialidades, estéticas y formas de hacer las cosas comunes en las ciudades y aldeas levantinas que fueron reelaboradas en estos ámbitos occidentales. Estas mismas materialidades conviven en la mayoría de los espacios excavados con objetos y modos de uso comunes entre las comunidades nativas occidentales.

Uno de los objetos más frecuentes utilizados de forma cotidiana por algunos de los habitantes del Cerro del Villar son ciertos vasos cerámicos modelados a mano, similares a los elaborados y utilizados por algunas poblaciones locales occidentales. Su presencia es relativamente frecuente en la colonia. De hecho, con una única excepción –un pequeño habitáculo interpretado como tienda-, en todos espacios excavados se ha documentado la presencia de estas vasijas. La distribución espacial de estos objetos no muestra un patrón segregado. Los vasos a mano documentados son siempre claramente minoritarios en todos los contextos. En todas las áreas excavadas la cultura material hegemónica es la fenicia occidental.

Las características morfológicas, técnicas y estéticas de la inmensa mayoría de los recipientes a mano son similares a las que podemos encontrar entre las vajillas tradicionales de las comunidades nativas de Iberia, así como también excepcionalmente de otras comunidades mediterráneas occidentales. No faltan entre los hallazgos algunas reelaboraciones o reinterpretaciones de estos vasos realizados probablemente en este mismo espacio colonial (Delgado 2005).

Las morfologías y características técnicas de estas cerámicas a mano y especialmente la composición de las arcillas usadas para elaborarlas (Cardell 1999; Clop inédito) evidencian que estos recipientes fueron fabricados en distintos lugares. A nivel morfológico, entre las cerámicas a mano del Cerro del Villar, son comunes los contenedores típicos del área tartésica –ollas y chardones, por ejemplo-, así como de comunidades nativas del Sudeste de Iberia e incluso se documentan algunos recipientes de otras áreas mediterráneas, como Sicilia, como es el caso de una pignata. La mayoría de los recipientes a mano, sin embargo, guarda similitudes morfológicas con las vajillas cerámicas de los

poblados indígenas del área del Guadalhorce. Los análisis de láminas delgadas y de difracción de rayos X apuntan en la misma dirección: variabilidad de procedencias y predominio de arcillas típicas de unidades geomorfológicas próximas al área del Cerro del Villar, por lo que no podemos descartar que, incluso, algunas de ellas pudieran haber sido elaboradas en este mismo centro.

La multiplicidad de orígenes y procedencias de las cerámicas a mano del Cerro del Villar aporta datos de enorme interés sobre la complejidad de las redes sociales y de intercambio de la comunidad que residía en el Cerro del Villar, pero éste no es el lugar idóneo para desarrollar este tema. En este trabajo nos centraremos exclusivamente en cómo la cerámica a mano permite, en primer lugar, identificar la presencia de individuos o grupos de procedencias geográficas y culturales diversas en la colonia del Cerro del Villar y, en segundo lugar, hacer visible su agencia en la dinámicas históricas este centro colonial y, por extensión, en la formación de comunidades y culturas coloniales fenicias en Occidente.

Adquiridos a otras comunidades locales, traídos consigo por visitantes esporádicos o poblaciones flotantes—trabajadores temporales, navegantes o gente que se acercaba a intercambiar- o manufacturados por residentes permanentes en el mismo Cerro del Villar, es importante destacar que la mayoría de los recipientes a mano documentados fueron utilizados de forma cotidiana por algunos de los grupos domésticos que componían la colonia. Como hemos comentado anteriormente, prácticamente en todos los espacios excavados—zonas de vertido, zonas de trabajo artesanal y áreas domésticas- se registran cerámicas a mano y, lo más significativo, en todos ellos muestran unas pautas de uso muy similares y claramente definidas.

El 50% de los recipientes a mano registrados en el Cerro del Villar corresponden a ollas, muchas de ellas utilizadas para cocer alimentos. Los cuencos esféricos, que pudieron servir para el consumo de determinados alimentos líquidos o semilíquidos y para la preparación de comidas, representan casi un 25% del total de los recipientes modelados a mano. El 25 % restante se reparte principalmente entre grandes contenedores, recipientes usados en procesos metalúrgicos, cuencos carenados y copas de superficies cuidadas.

Estos vasos abiertos, utilizados en el consumo y servicio de determinados alimentos entre las comunidades locales, están totalmente sub-representados en la colonia. La mayoría de los hallazgos (10 de un total de 14 individuos mínimos identificados) se concentra, además, en un único espacio -un área artesanal donde se elaboran cerámicas- donde también existe una alta representación de otros vasos para beber fabricados en áreas no fenicias—copas griegas y kantharoi etruscos. Las vajillas a mano usadas en la colonia presentan un patrón totalmente distinto al que se documenta en los poblados nativos del sur de la Península, donde cuencos carenados y copas son los recipientes mayoritarios de la vajilla cerámica en las áreas domésticas.

En el Cerro del Villar los recipientes cerámicos nativos o de reminiscencias nativas se utilizaron principalmente para dos tipos de funciones distintas. Una parte muy pequeña de estas vasijas se usó en determinados procesos de trabajo artesanal, principalmente en la metalurgia (Rovira 2005). El uso de tecnologías y modos de hacer las cosas nativos en los procesos productivos de la colonia se observa también a través de otros elementos de la cultura material colonial, como son ciertos utensilios líticos de manufactura local. La mayoría de las cerámicas a mano registradas, sin embargo, fueron utilizadas para preparar y cocinar alimentos. Este uso puede sugerirse a través de la morfología de los recipientes, de la forma de deposición de algunos de ellos -asociados en ocasiones a espacios donde se vertieron desechos alimenticios- y especialmente por el hecho de que muchas de estas vasijas presentan huellas de combustión en sus superficies, especialmente en sus paredes laterales o inferiores.

La forma de las ollas a mano es variable, pero en su mayoría se caracterizan por presentar paredes con gruesos nódulos de desgrasantes y fondos muy gruesos y planos, una morfología que las hace especialmente aptas para cocciones muy lentas y prolongadas de alimentos líquidos o semilíquidos (Bats 1992). La cocción posiblemente se realizó sobre braseros portátiles, bien en el interior, bien en el exterior de las casas, habida cuenta de que en los espacios domésticos excavados no se han documentado áreas de combustión u hogares fijos construidos que puedan relacionarse con la preparación de comida. En cambio, en algunas áreas de vertido y en el interior de algunas casas se registran unas vasijas muy fragmentadas, tanto que no nos permiten conocer la morfología de estos recipientes, que se caracterizan por disponer de bases muy planas y de amplios diámetros y gruesas paredes que presentan en su cara interna evidencias de haber estado sometidas a procesos de combustión. Estos recipientes podrían ser braseros u hornillos portátiles, elaborados también a mano, utilizados, como los hogares mismos, para calentar las casas y cocinar los alimentos.

Muchas de las casas excavadas en el Cerro del Villar –algunos ámbitos del área 8, edificios 6, 5 y 2- y talleres –ámbito 8A- disponen de estos equipos “nativos” de preparación y cocción de alimentos y en algunos casos se registran, incluso, en exclusividad. En otros ámbitos excavados –área 5, 8 y 3-4- parecen haber convivido con modos orientales de cocinar los alimentos. Entre los equipos de cocción de tradición oriental registrados en el asentamiento destacan los hornos localizados en unos de los espacios centrales del Cerro del Villar que fueron interpretados por Aubet como tahonas u hornos para la elaboración de pan (Aubet 1999: 84-85 y fig. 49). Otros instrumentos utilizados en la cocina fenicia para elaborar panes o pasteles son las denominadas torteras o placas de hornear, documentadas en algunos asentamientos andaluces como Huelva y Morro de Mezquitilla (González de Canales et al., 2004:78-79 y lám. XV, n. 21 y 22; Schubart 1985: fig. 12), no han sido por el momento registrados en las excavaciones efectuadas en este asentamiento.

La cultura material utilizada en las prácticas de cocina documentada en diversas casas y áreas de trabajo del Cerro del Villar pone de manifiesto la heterogeneidad étnica y cultural de este asentamiento colonial tanto en el momento de su formación, como a lo largo de su trayectoria histórica. Sus cocinas revelan una demografía compleja e híbrida compuesta principalmente por descendientes de gentes originarias de ciudades y aldeas levantinas, así como también de individuos o quizá de grupos familiares originarios de comunidades indígenas occidentales. La atención a las prácticas de cocina y a sus materialidades permite visualizar y dar voz a otros grupos sociales silenciados por las narrativas coloniales, como es el caso de las mujeres y romper con el androcentrismo que ha caracterizado tradicionalmente a estos discursos.

Los escasos equipos de cocina orientales localizados en la colonia podrían sugerir que los grupos que emigraron desde las ciudades levantinas y se asentaron en el Cerro del Villar, podrían haber estado compuestos principalmente por hombres. Sin embargo, algunos elementos ligados a la cotidianidad, como es el caso de las prácticas culinarias y la alimentación, sugieren la participación de algunas mujeres levantinas y posiblemente de grupos familiares en esta diáspora y en la consiguiente formación de culturas coloniales en Occidente.

Los emigrantes fenicios que se asentaron en estas tierras occidentales portaron consigo sus cosmovisiones y, entre ellas, sus relaciones de género y la forma de construir estas identidades, unas relaciones e identidades que, fueron transformadas por el nuevo escenario social creado en las colonias y por el encuentro con gentes distintas. En las ciudades y aldeas orientales los hombres participaban en la elaboración de la comida, especialmente en espacios no domésticos –hay referencias literarias relativas a soldados, marinos, o incluso a cocineros profesionales a cargo de templos y palacios-, pero los datos textuales claramente mencionan que las principales depositarias de los conocimientos gastronómicos utilizados en la alimentación cotidiana y las encargadas de su transmisión eran las mujeres, quienes

eran responsables incluso de la elaboración de parte de los equipos de cocina, como es el caso de los propios hornos utilizados para cocer el pan.

La presencia de algunos equipos de cocina oriental y de formas de consumo de preparaciones culinarias realizadas al gusto oriental –como indicaría buena parte de la vajilla utilizada en el consumo cotidiano de alimentos- en asentamientos coloniales como el Cerro del Villar sugiere que algunas mujeres orientales formaron parte de los grupos que se desplazaron y asentaron en tierras occidentales. Estas mujeres portaron consigo sus conocimientos gastronómicos y los transmitieron en estos ámbitos a sus descendientes o a quienes con ellas convivieron –como iguales o dependientes- en el seno de sus grupos domésticos.

La mayor parte de los equipos de cocina documentados en las casas o zonas de vertido excavadas en el asentamiento del Cerro del Villar corresponden, sin embargo, a tecnologías culinarias nativas –o a reelaboraciones cerámicas híbridas, elaboradas a mano o a torno, que incorporan elementos morfológicos asociados con técnicas de cocción indígenas, como son los fondos planos (Delgado 2010). Estas tecnologías culinarias presentes a lo largo de la historia del asentamiento –se documentan en los estratos iniciales y perduran hasta el siglo VI a.C.- sugieren la relevancia de grupos o de individuos originarios de comunidades nativas occidentales en la formación de este asentamiento colonial, así como también a lo largo de toda su vida. Mujeres originarias de comunidades nativas y sus descendientes debieron constituir un componente demográfico importante de esta población colonial. Además, debido a que las materialidades ligadas a prácticas y técnicas culinarias nativas no presentan un patrón de segregación espacial, puede sugerirse que estas mujeres estaban integradas en los grupos domésticos coloniales –de orígenes nativos, fenicios o híbridos- a través de lazos afectivos, sexuales, matrimoniales o parentales o bien que estaban vinculadas a algunos de ellos como dependientes.

Heterogeneidad social y poder hegemónico: la arquitectura de las casas

La heterogeneidad social, cultural y étnica de este asentamiento, que se aprecia a través de sus cocinas, parece disiparse cuando atendemos a otros elementos de su cultura material. Una de las materialidades que crea una mayor apariencia de homogeneidad en el asentamiento son las arquitecturas de las casas y de los talleres de sus habitantes y los modos en los que sus residentes construyeron y estructuraron este espacio colonial.

Las arquitecturas de los edificios construidos en la colonia generan una sensación visual de uniformidad. Los diferentes edificios excavados son en todos los casos estructuras ortogonales distribuidas a lo largo de callejuelas, calles y terrazas situadas a distintos niveles topográficos, construidos utilizando materiales muy similares –básicamente piedra, barro y cal. La mayoría de estos edificios presentan en sus paredes externas y, en ocasiones, internas restos de un revoque de cal, que sugiere que estas casas compartían un intenso color blanco que debió de hacer de la colonia en un punto muy destacado y muy visible en el paisaje.

Los modos de construcción, formas de distribución y configuraciones estructurales de estos edificios reproducían básicamente ciertos estilos, técnicas arquitectónicas y concepciones del espacio cotidianas en las ciudades y aldeas levantinas durante la primera mitad del I milenio a.C. El espacio colonial fue construido utilizando estilos arquitectónicos y configuraciones espaciales que expresaban materialmente un claro vínculo entre esta colonia y las ciudades orientales, aquellas tierras donde los relatos míticos situaban el origen de sus ancestros fundadores, cementando así narrativas que excluían a otras voces visibles en las cocinas y en los talleres coloniales. Estas narrativas, recreadas

materialmente a través de las arquitecturas y de otros elementos de la cultura material –vajillas, vestidos y adornos corporales, parafernalia ritual, monumentos y prácticas funerarios-, eran fundamentales en la legitimación del poder y en la representación de las jerarquías sociales dentro del espacio colonial.

Esta cultura material también era central en la construcción de una identidad que diferenciaba a estas poblaciones coloniales de otras comunidades occidentales. La arquitectura colonial favoreció la construcción de diferencias entre “colonos” y “nativos” que se expresaban visualmente en el paisaje. La visibilidad de la arquitectura y su presencia en las vidas cotidianas otorga a este elemento material un enorme potencial comunicativo para quienes la construyen, la habitan y/o la ven (Blanton, 1994). Por esta razón los estilos arquitectónicos suelen tener una agencia muy activa en las estrategias sociales y de poder, así como también en la construcción y negociación de solidaridades e identidades comunales o cívicas (Blanton 1994; Voss 2005).

A través de la forma de sus calles, casas, talleres, almacenes o espacios portuarios los residentes de esta comunidad –fuera cual fuera su origen- creaban lazos y memorias que los unían con las ciudades fenicias orientales y con otras poblaciones fenicias dispersas a lo largo de las costas atlánticas y mediterráneas, al mismo tiempo que los diferenciaba de las comunidades locales. La arquitectura de estilo oriental generaba una enorme distancia visual entre el asentamiento colonial y los poblados de las comunidades nativas, formados por agrupaciones de pequeñas cabañas circulares de paredes construidas con entramados vegetales y barro que se elevaban sobre zócalos de piedra. Esta diferenciación visual fue especialmente efectiva en los primeros tiempos de la diáspora, antes de que algunos sectores de las comunidades nativas borrarán parcialmente estas fronteras visuales emulando ciertos elementos de la arquitectura oriental e integrándolos en sus propias estrategias de promoción social.

Este proceso de emulación –que acaba siendo una contestación consciente o inconsciente al poder y a los modos de representación de la identidad colonial-, nos pone en guardia sobre la ambigüedad de la cultura material y sobre las dificultades de definir los orígenes étnicos o culturales de sus usuarios, debido a la agencia activa que tiene la cultura material en los procesos de invención, negociación y manipulación de las identidades e identificaciones sociales. De hecho en las casas y talleres de estilo oriental del Cerro del Villar no sólo residían y trabajaban grupos domésticos fenicios, sino también otros grupos en los que todos o algunos de sus miembros eran originarios o descendientes de poblaciones locales occidentales. Así lo indica la distribución de elementos materiales ligados a determinadas prácticas culinarias, así como la identificación de determinados “modos de hacer las cosas” habituales entre ciertas poblaciones nativas occidentales. En estos contextos híbridos la arquitectura de las casas era un elemento central en las estrategias sociales de sus residentes, ya que los homogeneizaba con otros residentes de la colonia –al margen de sus diferencias sociales expresadas en las configuraciones estructurales o en el tamaño de sus casas- y les permitía representar sus distancias con las comunidades nativas tradicionales.

La homogeneidad de las arquitecturas residenciales y de los espacios de trabajo del Cerro del Villar sugieren que los miembros de esta colonia, independientemente de sus orígenes, utilizaron deliberadamente la forma de sus casas para expresar sus aspiraciones a ser reconocidos como miembros de la comunidad colonial. Este uso intencional de la arquitectura doméstica –como de otras prácticas y elementos materiales – tiene lugar en un contexto social en el que las jerarquías de estatus tenían cierta movilidad y donde las identidades étnicas o comunales eran múltiples y manipulables. En un contexto social y étnicamente dinámico la arquitectura doméstica se convirtió en una estrategia crucial en la construcción de nuevas identidades sociales y en la representación de las relaciones de jerarquía y poder.

Un examen contextual de estas estructuras residenciales demuestra que simultáneamente los espacios productivos y residenciales coloniales fueron lugares de contestación y negociación de ese poder hegemónico, de sus representaciones y de sus cosmovisiones y, por tanto, lugares donde se forjaron nuevas formas culturales. Estos modos arquitectónicos de estructurar el espacio cotidiano están íntimamente conectados con determinadas percepciones de lo que desde el poder se considera un comportamiento social apropiado o con percepciones particulares sobre las relaciones de género, la sexualidad o la intimidad (Voss 2005). Estas cosmovisiones asociadas a determinadas configuraciones espaciales de las arquitecturas orientales fueron releídas y transformadas en la colonia, dándoles a algunos de esos espacios y a sus estructuras construidas nuevos usos y significados a través de las acciones de la vida cotidiana de algunos de sus residentes.

Análisis contextual de un ámbito doméstico: la casa 2

El análisis contextual de los distintos espacios domésticos que integran la colonia nos ofrece información de cada uno de sus grupos domésticos y de cómo cada uno de ellos utilizó enseres y otras materialidades de uso cotidiano en sus prácticas diarias, en sus procesos y relaciones de trabajo, en la construcción y representación de sus identidades sociales y en la negociación de las relaciones de poder. Estos análisis de nivel micro ofrecen la posibilidad de hacer visible la heterogeneidad social y cultural de estos espacios coloniales, y al mismo tiempo de dar voz y agencia a élites y grupos subalternos. Este tipo de perspectivas permite, al mismo tiempo, dar cuenta de la diversidad y de la multiplicidad de respuestas que se producen en relación a estos complejos procesos y romper con las tradicionales interpretaciones monolíticas y excesivamente simplistas.

Uno de los pocos edificios excavados en toda su extensión en el Cerro del Villar es la denominada casa 2. Visualmente presenta una clara uniformidad con otros edificios excavados en el asentamiento. El edificio 2 es una construcción ortogonal de estilo oriental. Las dimensiones de su espacio edificado son de tan sólo 74 m², por lo que en comparación con otros espacios domésticos del asentamiento debe considerarse una edificación de dimensiones modestas. La distribución interna de este edificio gira, como en muchas casas orientales, alrededor de un pequeño patio, que a juzgar por la presencia de agujeros de poste, debió de estar porticado en uno de sus lados. En torno a esta estancia abierta se distribuyen varias habitaciones utilizadas en el almacenamiento doméstico, una cisterna y un espacio con banquetas adosadas que debió constituir un lugar de cocina, consumo y descanso del grupo doméstico. Adyacente a la vivienda y con la entrada situada posiblemente en el exterior, en una calle aterrazada, se documenta un pequeño taller y al fondo una habitación que, al menos en momento del cierre de la casa, tuvo un claro uso ritual (Delgado, Ferrer, García, López, Martorell, Sciortino, e.p.; Delgado 2008b).

La casa 2 tuvo una larga biografía y su uso se prolongó durante gran parte del siglo VII a.C. A lo largo de su vida sufrió varias remodelaciones que afectaron principalmente al área del patio y a algunas de las habitaciones adyacentes. Cuando la vivienda ya estaba construida se edificó una nueva vivienda que se adosó a una de sus paredes laterales. Este nuevo edificio –la denominada casa 5– podría corresponder a la ampliación y segregación del grupo doméstico residente en la casa 2. La práctica social de añadir nuevas edificaciones a la casa original a medida que el grupo familiar crece, se conoce en el Próximo Oriente desde la antigüedad y ha perdurado hasta la actualidad. Esta práctica podría en evidencia la importancia de grupo doméstico como unidad social y económica, no sólo en las ciudades levantinas, sino también en estos centros coloniales.

La existencia de vínculos entre estos dos grupos domésticos podría sugerirse también por el hecho de que ambos

compartieron el espacio exterior donde se situaba el acceso de las dos viviendas y del taller y lo utilizaron de forma conjunta en sus actividades cotidianas. Algunas de las actividades diarias de los residentes de estas casas, relacionadas con procesos de trabajo, de cocina y almacenamiento se prolongaron fuera de los espacios interiores de viviendas y se realizaron en esta calle aterrazada. En este espacio exterior se han encontrado evidencias materiales de la práctica de estos procesos, entre ellas varias ánforas conservadas in situ cuyos fondos y paredes inferiores habían sido calzadas con piedras, indicando que la calle era su lugar habitual. En otros asentamientos fenicios, como Sa Caleta en Ibiza (Ramon 2007), un centro pluriétnico en el que gran parte de su población trabajaba a escala doméstica en procesos metalúrgicos, se observa un patrón muy similar. Como en esta área del Cerro del Villar, también en Sa Caleta algunos grupos domésticos utilizaban los espacios inmediatamente exteriores a sus viviendas para realizar parte de sus actividades cotidianas.

Este modo de usar el espacio exterior como prolongación de la misma vivienda es un patrón bastante común en muchas comunidades locales occidentales y podría sugerir que todos o algunos de los residentes de las casas 2 y 5 tenían una concepción del espacio y determinados “modos de hacer las cosas” nativos. Esta forma de usar el espacio externo a la casa rompe con las mismas estructuras arquitectónicas – que no actúan como determinantes del comportamiento- y debemos entenderla como una contestación abierta a las concepciones sobre el trabajo, la domesticidad, las relaciones de género o la intimidad que encierran las arquitecturas orientales y que se corresponden a cosmovisiones del poder hegemónico.

Otros elementos materiales y patrones de uso también invitan a pensar que algunos de los residentes de la casa 2 eran originarios o descendían de poblaciones nativas occidentales. En esta vivienda la cerámica de cocina es mayoritariamente de tradición local, aunque incorpora algunos instrumentos orientales como los cuchillos de hierro –con gran aceptación entre la población local del sur de Iberia. Los recipientes a mano relacionados con la preparación de alimentos –ollas, orzas y braseros- tienen una alta representación. Otros equipamientos relacionados con tradiciones culinarias fenicias como hornos o placas de hornear usadas para elaborar pan u ollas a torno de bases redondeadas o apuntadas están ausentes.

En el espacio 1, la estancia principal de la casa, un área de reunión y consumo, se localizaron restos de cinco platos fenicios de engobe rojo, junto con dos cuencos esféricos elaborados a mano. Esta vajilla indica la convivencia en un mismo espacio de dos modos de servir y consumir los alimentos asociados a dos tradiciones gastronómicas diferentes. La vajilla de la casa, sin embargo, es mayoritariamente oriental lo que podría sugerir que los modos de servicio y consumo de alimentos eran una práctica social que intervenía en este escenario en la construcción de la identidad colonial, del mismo modo que la arquitectura de la propia casa y la práctica ritual.

En algunos espacios de la casa se registran objetos asociados con la práctica de rituales domésticos de purificación y de culto a los muertos. Las materialidades utilizadas para estas prácticas son de tradición fenicia. En la casa 2 estas evidencias se registran en el taller dedicado al trabajo metalúrgico –espacio 6- y, muy especialmente en una pequeña habitación situada al fondo de ese espacio –espacio 7. Las materialidades que encontramos en ese ámbito son todas ellas fenicias. Junto con algún fragmento a torno fenicio de plato, pátera y jarra –fragmentadas posiblemente de forma intencional- relacionados con la ofrenda de comida y de bebida, se localizan en este pequeño espacio restos de botellas que debieron contener aceites aromáticos y varias lucernas utilizadas para quemarlos. La asociación de estos objetos permite relacionarlos con prácticas de culto ancestral relacionadas con la memoria de la familia y la protección de la casa. Este tipo de prácticas, bien conocidas en el área sirio-palestina, que implicaban la ofrenda de

alimentos, de libaciones y la quema de perfumes, se realizaba habitualmente en las casas por los propios miembros de la unidad doméstica. Algunas fuentes ugaríticas mencionan el uso en estos cultos de pequeñas figuras de madera que representaban a los ancestros, una representación que pudo transformarse en estos ámbitos occidentales, como sugiere el huevo de avestruz decorado, con ocre rojo en su interior, depositado en este mismo espacio.

Las prácticas rituales llevadas a cabo en este ámbito doméstico y especialmente sus materialidades ponen de manifiesto la relevancia que estos cultos cotidianos tuvieron en la construcción de las jerarquías sociales en la colonia y en la afirmación de una identidad colonial por parte de este grupo doméstico. Asimismo permiten visualizar la importancia de la casa –en el sentido dado a este concepto por Lévi Strauss (González Ruibal 2006)-, del grupo doméstico, en la estructura social y económica de los ámbitos fenicios coloniales.

La casa 2 dispone de una pequeña habitación en la que se realizaron actividades relacionadas con la metalurgia del plomo. El suelo de esta habitación apareció prácticamente limpio. De las actividades de combustión llevadas a cabo, sólo se podía observar la mancha dejada por la acción del fuego sobre su superficie y pequeñas gotas de plomo en un hoyo próximo. Apenas se localizaron restos de recipientes cerámicos, tan sólo una pequeña botella para aceites aromáticos con la que el artesano pudo purificarse al finalizar su trabajo y un cuenco a mano.

El cuenco es de paredes muy gruesas y enormes nódulos de desgrasante, con restos de combustión en el interior. No presentaba adherencias metálicas, pero no podemos descartar su uso en el trabajo metalúrgico. En otras áreas del yacimiento es frecuente la presencia de cerámicas a mano en talleres dedicados a la manipulación de metales (Delgado 2005, Rovira 2005). En estos espacios, junto a ollas, orzas y cuencos esféricos elaborados a mano, se encuentran otros vasos a mano de morfología indígena que fueron utilizados como crisoles. En la colonia también se han localizado vasijas horno, una tecnología usada por los grupos nativos del sur de Iberia, utilizadas en este asentamiento para el trabajo del cobre (Rovira 2005: 1269). Tecnologías primarias, instrumental y vasijas domésticas elaboradas a mano sugieren la participación activa de individuos de origen o de descendencia nativa en algunos de los talleres dedicados al trabajo del metal localizados en la colonia. En estos procesos de trabajo aportaron sus propios conocimientos y su propia “forma de hacer las cosas”, especialmente en el laboreo de aquellos metales que previamente conocían, como es el caso del cobre y del bronce.

En algunos espacios de trabajo artesanal excavados en el Cerro del Villar se ha podido observar la convivencia en una misma estancia de desechos, herramientas y equipamientos relacionados con el trabajo metalúrgico, con enseres utilizados en procesos de preparación, cocción y consumo de alimentos. Este es el caso de la herrería excavada en el denominado ámbito 8A (Aubert 1997; Rovira 2005) donde se registraron orzas y ollas a mano asociadas a prácticas culinarias en un espacio dedicado a la forja de hierro. Este mismo patrón es común en otros asentamientos fenicios occidentales, como Sa Caleta, donde en varios ámbitos domésticos aparentemente pluriétnicos se ha comprobado la convivencia de procesos de trabajo relacionados con la metalurgia y actividades de descanso, tejido, cocina y consumo. Esta pauta, común en muchas comunidades europeas durante la Edad del Bronce (Sørensen 1996; Sánchez Romero y Moreno Onorato 2003), está claramente documentada entre algunos grupos del sur peninsular durante la primera mitad del I milenio (entre otros, Ruiz Mata y Fernández Jurado 1986).

Estas evidencias ponen en cuestión modelos clásicos que propugnan una clara división entre “actividades productivas y actividades de mantenimiento” –tomando los términos usados por los Binford (Binford, Binford 1969)-, unas tareas imaginadas como universalmente sexuadas y espacialmente separadas. La excavación de algunas casas y espacios de

trabajo artesanal en el Cerro del Villar y otras colonias fenicias occidentales pone en evidencia que en las colonias esta segregación no se producía en todos los contextos y sugiere, por el contrario, la importancia de las economías domésticas en estos centros. En estas economías, que como en otros contextos históricos en estos ámbitos coloniales tuvieron un rol central en la producción de bienes para mercados u otro tipo de sistemas de intercambios todos los miembros del grupo doméstico –niños y niñas, hombres y mujeres adultos, ancianos y ancianas- tomaban parte en los procesos de trabajo, aunque en estos procesos productivos pudieran haber realizado preferentemente determinadas tareas en función de su edad o de su sexo (entre otros, Hendon 1996; Brumfiel y Robin 2008).

En la casa 2, el taller se presenta segregado espacialmente de otras estancias de la casa y dispone, incluso, de un acceso desde la calle distinto, pero junto a esta segregación es importante enfatizar que se sitúa en un espacio inmediatamente adyacente a la casa. Esta distribución sugiere que en este contexto ciertos procesos productivos se segregaron espacial y posiblemente también socialmente de otras actividades rutinarias realizadas en el interior de la casa o en la misma calle y de quienes las realizaban. Al mismo tiempo, la ubicación del taller en la misma casa sugiere la importancia de todo el grupo doméstico en la buena marcha de la actividad productiva y su implicación en determinadas fases del proceso productivo, que en este caso, quizá, excluían la fundición del metal.

La implicación de todo el grupo doméstico, de sus mujeres y de sus niños, en los procesos de trabajo metalúrgico en algunos talleres coloniales, quizá podría estar relacionado con la relevancia que parecen tener los materiales de cocina a mano en algunos de estos espacios, como se ha podido observar en algunos contextos del Cerro del Villar (Delgado 2005) y en Sa Caleta. La presencia de estas gastronomías nativas en estos espacios domésticos y de trabajo, unos espacios totalmente hibridados como se ha podido observar a partir del registro material de la casa 2, debe relacionarse con las memorias e identidades múltiples de algunos de sus habitantes, pero un factor que debió incidir en su especial pervivencia en estos ámbitos es el hecho de estos modos de cocinar los alimentos implican tiempos y procesos de trabajo distintos a las técnicas culinarias orientales. Las tecnologías culinarias asociadas a las ollas de cocina de tradición nativa requieren invertir menor tiempo de trabajo que el necesario para la panificación, especialmente porque pueden requerir menor tiempo de molienda. Asimismo las morfologías de las ollas a mano de muchas comunidades nativas occidentales -fondos gruesos y planos y paredes con gruesos nódulos de desgrasante- las hacen adecuadas para realizar cocidos lentos y prolongados que no exigen una vigilancia intensiva y el trabajo constante de quien cocina para evitar que el preparado se queme o se pegue en el fondo recipiente. Se trata, pues, de tecnologías culinarias que permiten la realización simultánea de otros tipos de trabajo.

Son especialmente significativas esas memorias de hombres y de mujeres nativas en los espacios metalúrgicos coloniales, que se pueden recuperarse a través de algunos de sus objetos y, fundamentalmente, de sus modos de hacer las cosas, ya que los metales son uno de los principales productos de las economías y los mercados coloniales fenicios en estos ámbitos occidentales. La convivencia de mujeres y de hombres de origen nativo, con colonos y colonas de procedencia oriental fue posiblemente una de las claves del éxito de algunos grupos domésticos en estos ámbitos coloniales, especialmente subalternos, y por extensión de la propia de la colonia del Villar. Estas mujeres y hombres aportaron a este enclave no sólo fuerza de trabajo y lazos sexuales y reproductivos, sino también una información totalmente crucial sobre recursos, caminos, rutas, y sobre todo aliados y parientes con los que pactar, negociar y comerciar.

Referencias bibliográficas

- Aubet, M.E. 1997 A Phoenician Market Place in Southern Spain. En *Festschrift W. Röllig*. Neukirchen, 11-22.
- Aubet, M.E. 1999. La secuencia diacrónica: el corte 5. En Aubet et al. *Cerro del Villar I: el asentamiento fenicio en la desembocadura del río Guadalhorce y su interacción con el hinterland*. Sevilla: Junta de Andalucía, 73-131.
- Aubet, M.E., Carmona, P., Curià, E., Delgado, A., Fernández, A., Párraga, M. 1999. *Cerro del Villar I : el asentamiento fenicio en la desembocadura del río Guadalhorce y su interacción con el hinterland*. Sevilla: Junta de Andalucía.
- Bats, M. 1992. La vaisselle culinaire comme marqueur culturel: l'exemple de la Gaule méridionale et de la Grande Grèce (IVe-ler s. av. J.-C. En *Terre cuite et société. La céramique, document technique, économique, culturel*. XIV Rencontres Internationales d'Archéologie et Histoire d'Antibes, Juan-les-Pins, 407-424.
- Bhabha, H. 1994. *The Location of Culture*. Nueva York: Routledge.
- Binford, L.R., Binford, S.R. 1969. Stone Tools and Human Behavior. *Scientific American* 220 (4), 70-84.
- Brumfiel, E.M., Robin, C. 2008. Gender, Households, and Society: An Introduction. *Archaeological Papers of the American Anthropological Association*, 18 (1), 1-16.
- Cardell, C. 1999. Arqueometría de las cerámicas fenicias. En Aubet et. al., *Cerro del Villar I: El asentamiento fenicio de la desembocadura del río Guadalhorce y su interacción con el hinterland*. Sevilla: Junta de Andalucía, anexo 5 (CD).
- Clop, X. Inédito. Caracterización de la materia prima utilizada en la producción de cerámicas a mano procedentes del asentamiento de Guadalhorce.
- Conkey, M.W. 2005. Dwelling at the margins, Action at the Intersection?: Feminist and Indigenous Archaeologies. *Archaeologies* 1(1), 9-80.
- Curià, E. Delgado, A., Fernández, A., Párraga, M. 1999. El taller alfarero de principios del siglo VI a.C. : estudio de los materiales cerámicos. En M.E. Aubet et al. *Cerro del Villar I: el asentamiento fenicio en la desembocadura del río Guadalhorce y su interacción con el hinterland*. Sevilla: Junta de Andalucía, 157-277.
- Delgado, A. 2005. Multiculturalidad y género en las colonias fenicias de la Andalucía mediterránea. En *Atti V Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*. Palermo: Università degli Studi di Palermo, 1249-1260.
- Delgado, A. 2008 a. Fenicios en Iberia. En F. Gracia, *De Hispania a Iberia*. Barcelona: Ariel, 347-474.
- Delgado, A. 2008 b. Cerro del Villar, de enclave comercial a periferia urbana: dinámicas coloniales en la Bahía de Málaga entre los siglos VIII y VI a.C. En D. Garcia, I. Moreno, F. Gracia (ed.) *Contactes: Indígenes i fenicis a la Mediterrània occidental entre els segles VIII i VI ane*. Alcanar: GRAP-Ajuntament d'Alcanar, 69-88.
- Delgado, A. 2008c. Alimentos, poder e identidad en las comunidades fenicias occidentales, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 18, 163-188.
- Delgado, A. 2010. De las cocinas coloniales y otras historias silenciadas: Domesticidad, Subalternidad e Hibridación en las colonias fenicias occidentales. *Saguntum Extra-9*, 33-52.
- Delgado, A., Ferrer, M. 2007. Alimentos para los muertos: mujeres, rituales funerarios e identidades coloniales. *Treballs d'Arqueologia* 13, 29-68.

- Delgado, A., Ferrer, M., Garcia, A., López, M., Martorell, M., Sciortino, G. e.p. *Arquitectura domestica en el Cerro del Villar: uso y función del espacio en el edificio 2*. En VI th Congress of Phoenician Punic Studies (Lisboa 2005).
- Dube, S. 2001. *Sujetos Subalternos*. México D.F: Colegio de México.
- Fontana, J. 2002. *Ranahit Guha y los "Subaltern Studies"*. En R.G. Guha *Las voces de la Historia y otros estudios subalternos*. Barcelona: Crítica, 7-16.
- González de Canales, F., Serrano, L., Llompart, J. 2004. *El emporio fenicio precolonial de Huelva (ca. 900-770 a.C.)*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- González Ruibal, A. 2006. *House societies vs. kinship-based societies: an archaeological case from Iron Age Europe*. *Journal of Anthropological Archaeology* 25, 144-173.
- Gosden, C 2001. *Postcolonial Archaeology: Issues of Culture, Identity, and Knowledge'*. En I. Hodder (ed), *Archaeological Theory Today*, Cambridge: Polity Press, 241-261.
- Gosden, C. 2008. *Arqueología y colonialismo: el contacto cultural desde 5000 a.C. hasta el presente*. Barcelona: Bellaterra.
- Guha, R.G. 2002: *Las voces de la Historia y otros estudios subalternos*. Barcelona: Crítica.
- Hall, M. 2000. *Subaltern voices? Finding the spaces between things and words*. En P. Paulo, P.P.A. Funari, M. Hall y S. Jones (eds.) *Historical Archaeology: Back from the Edge*. Londres: Routledge, 193-203.
- Hendon, J. *Archaeological Approaches to the Organization of Domestic Labor: Household Practice and Domestic Relations*. *Annual Review of Anthropology* (25), 45-61
- Liebmann, M., Rizvi, U.Z. (eds.) 2008. *Archaeology and the poscolonial critique*. Lanham: Altamira Press.
- Lightfoot, K. 2005. *Indians, Missionaries, and Merchants: the Legacy of Colonial Encounters on the California Frontiers*. Berkeley: University of California Press.
- Lightfoot, K.G., Martínez, A., A.M. Schiff. 1998. *Daily practice and material culture in pluralistic social settings: an archaeological study of culture change and persistence from Fort Ross, California*. *American Antiquity* 63 (2), 199-222.
- López Castro, J.L. 2006. *Colonials, merchants and alabaster vases: the western Phoenician aristocracy*. *Antiquity* 80, 74-88.
- Mignolo, W. 2003. *Historias locales, diseños globales: colonialidad, conocimientos subalterno y pensamiento fronterizo*. Madrid: Akal.
- Pratts, M.L. 1992. *Imperial Eyes. Traveling Writing and Transculturation*. Londres: Routledge.
- Pyburn, A. 2004. *Introduction: Rethinking complex society*. En A. Pyburn (ed.): *Ungendering civilization*. Nueva York: Roulledge.
- Quijano, A. 1992. *Colonialidad y modernidad/racionalidad*. En H. Bonilla (ed.) *Los conquistados. 1942 y la población indígena de las Américas*. Bogotá: Tercer Mundo, 437-448.

- Ramon, J. 2007. Excavaciones arqueológicas en el asentamiento fenicio de Sa Caleta (Ibiza). Cuadernos de Arqueología Mediterránea, 16, Barcelona.
- Rovira, C. 2005. Los talleres metalúrgicos fenicios del Cerro del Villar (Guadalhorce, Málaga). En Atti V Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici. Palermo: Università degli Studi di Palermo, 1261-1270.
- Rowlands, M. 1998. The Archaeology of Colonialism. En K. Kristiansen, M. Rowlands (eds), Social Transformations in Archaeology: Global and Local Perspectives. New York: Routledge.
- Ruiz Mata, D., J. Fernández Jurado, J. 1986. El yacimiento metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte (Huelva). Huelva arqueológica nº 8.
- Said, E. 2002. Orientalismo. Madrid: Debate.
- Sánchez Romero, M, Moreno Honorato, A. 2003. Metallurgical production and women in Bronze age societies: the Peñalosa site (Baños de la Encina, Jaén). En Archaeometallurgy in Europe, Milán: Associazione Italiana della Metalurgia, 415-422.
- Schubart, H. 1985. Morro de Mezquitilla. Informe preliminar sobre la campaña de excavaciones de 1982 realizada en el asentamiento fenicio cerca de la desembocadura del río Algarrobo, Noticiario Arqueológico Hispánico 23, 141-174.
- Silliman, S. 2010. Indigenous traces in colonial spaces: archaeologies of ambiguity, origin, and practice. Journal of Social Archaeology 10(1), 28-58.
- Sørensen, M.L. 1996. Women As/And Metalworkers. En Devonshire, A. & Wood, B. (eds.), Women in Industry and Technology: from Prehistory to the Present. Current Research and the Museum Experience. Londres: Museum of London, 45-52.
- Spivak, G.C. 1988: Can the Subaltern Speak? En C. Nelson, L. Grossberg (eds.) Marxism and the Interpretations of Culture. Chicago: University of Illinois Press, 271-313.
- Trouillot, M. 1996. Silencing the Past: Power and the Production of History. Boston: Beacon Press.
- van Dommelen, P. 2002. Ambiguous Matters: Colonialism and local identities in Punic Sardinia. En C.L. Lyons, J.K. Papadopoulos (eds.) The Archaeology of Colonialism. Los Angeles: The Getty Research Institute, 109-142.
- van Dommelen, P. 2008. Colonialismo: pasado y presente. Perspectivas poscoloniales y arqueológicas de contextos coloniales. En G. Cano, A. Delgado (eds.) De Tartessos a Manila: siete estudios coloniales y poscoloniales. Valencia: Publicacions de la Universitat de València, 51-90.
- Voss, B. 2005. From Casta to Californio: social identity and the archaeology of cultural contact. American Anthropologist 107 (3), 461-474.
- Wolf, E.R. 1987. Europa y la gente sin historia. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Young, R. 2003. Postcolonialism. A very short Introduction. Very Short Introductions 98. Oxford, Oxford University Press.